



TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

Sobreviviré

Al parecer salí indemne de los festejos del Día de la Madre. Este año las celebraciones abarcaron cuatro intensos días: Desde el viernes 7 al lunes 10 de mayo; no fue cualquier cosa. Porque no se crea que todo se reduce a esos días: Usted que tiene niños en preescolar o primaria sabe a lo que me refiero. Todo inicia aproximadamente en el mes de marzo cuando nos avisan de qué será el baile de nuestros angelitos. En honor a la verdad sí nos dan suficiente tiempo para preparar el presupuesto de los atuendos; pero además, para buscar las camisas blancas que sólo venden los comercios de “este lado”, los botines que traen especialmente de León, Guanajuato, el pantalón de mezclilla que sólo venden en el “otro lado”, para después llevarlo a “arreglar de lo largo”, etcétera. Como me dicen a manera de consuelo “y eso que no tiene niñas, pues éstas requieren además de cantidad de accesorios”.

Finalmente el magno evento es un éxito y resulta muy emotivo: Tus querubines danzan como verdaderos ángeles; bueno, ésa es la percepción de papá cuervo. Demasiadas emociones para un solo día.

No se me malinterprete; disfruto plenamente de las celebraciones más intensas del año; a la progenitora se le deben homenajes, bailables, poemas épicos, desayunos, comidas, serenatas, reuniones familiares, discursos del tío que vive en Los Ángeles, etcétera. Lo que sí ya no estoy de acuerdo es que nos festejan a los padres “en nuestro día”.

Me explico. Con anterioridad hice pública mi postura respecto a lo que a alguna maestra de preescolar se le ocurrió que debería ser una digna celebración: Citarnos esa mañana y recetarnos dos o tres horas de intensas actividades bajo los rayos del Sol. (Patrogimnasia es el nombre técnico de nuestras evoluciones).

Me tocó ver a una persona de edad avanzada que había sustituido a un padre ausente y a quien estuvo a punto de “pegarle un infarto”. Un año después salí con “esguince de tobillo” después del tercer partido de fútbol; otro padre “convulsionó” luego de aparatosa caída. Ante las desgracias propuse que como festejo nos brindaran una rica carne asada acompañada de nuestras bebidas favoritas de moderación; las autoridades educativas me contestaron con un buen recordatorio sobre las implicaciones de la paternidad; sigo pensando que en nada cambiaría el amor y compromiso con mis hijos si en lugar de la ejercitada hubiera carne asada. A lo mejor en los fundamentos filosóficos de la educación encuentro las razones.

Ante el fracaso de mis reclamos asumo una posición más realista y conmino a mis congéneres a prevenirse, sobre todo ante las condiciones climatológicas que se prevén. Primero, es necesario que presionemos a las autoridades de educación básica para que nos revelen en qué consistirá el programa de celebraciones de este año. Por si acaso, es necesario iniciar cuanto antes un intenso programa de entrenamiento que nos “ponga en forma”.

Los peligros de infarto se reducen si en el mes que falta bajamos un par o dos de kilitos. Ahora que proliferan los nutriólogos podemos pedir una asesoría profesional para evitar los sustos. Y como se avecinan las campañas electorales, podríamos solicitarles a los candidatos que incluyeran en sus programas, celebraciones dignas y seguras para el Día del Padre. Muchas simpatías pudieran despertar de hacernos caso.

Conste que se los digo con tiempo: No dejen todo para lo último, al menos, como dice Hugo Sánchez: “Hay que mentalizarse”. Yo he comenzado a tomar las cosas con calma. Según me dicen los que tienen experiencia, los festejos más intensos (del Día de la Madre y del Padre), suelen tener lugar en los niveles de preescolar y en primaria; disminuyendo durante la secundaria. Me “mentalizo” ya que mis hijos cursan el primero y el tercer año de primaria, respectivamente.

Victor Alejandro Espinoza es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.

Correo: victorae@colef.mx